

La garrota blanca, alta, gorda, fuerte, manejada sin cesar arreando animales y rompiendo terrones, era la forjadora del alma pastoril, lo que le daba autoridad, mando, gobierno del ga-



Para muestra basta un botón y nadie dudará de que Cristóbal «Piñón» representa aquí en toda su integridad el gremio de pastores y muleteros alcazareños. Su traza, de lo más puro y auténtico; solo le falta el macho o el caballo con aparejo cubierto de pellejos de oveja y la garrota, para partir hacia la vega.

Reposado, aplanado, como hecho a sujetarse contra el aire, con la estabilidad de un sólido geométrico de base plana; el pecho abierto del que sabe y está dispuesto a darle paso a todo lo que venga; los ojillos escrutadores y la risilla burlona y esceptica, adquirida en el gitaneo de los tratos, nos muestra al mayoral curtido en todas las andanzas pastoriles, sin atascar por nada ni dejarse achicar. Tiene, además, Cristóbal, la majeza fanfarrona del gremio y el aire satisfecho de sí mismo. No cabe más propiedad ni más naturalidad en la personificación de uno de los sectores, ayer fundamentales, de la vida alcazareña.

nado y de los caminos, apoyo para su cuerpo fijada en el ijar, en la barriga o en la corcusilla, según la inclinación pedida por el descanso de cada momento, ya que nunca estaban derechos, y lo mismo al andar, cabeceando, por la tierra de los caminos.

El tren obliga a abrirse de piernas y da, sobre todo en la máquina, cierto contoneo que se conserva en la calle, pero, es otra cosa.

El pastor al dejar la garrota, perdió su personalidad y la garrota perdió a su legítimo dueño y señor, al que le daba aire, que es de lo que viven las cosas, del fuero, del honor; el que sabía manejarla, enarbolarla, sacarle el jugo, la poesía, hacerla hablar en el campo, en la casa y en el pueblo, pues el modo de manejarla era un anuncio seguro de la presencia, de la orden o de la necesidad de cada pastor, viniendo a ser como una prolongación de su persona, cuando no su representación misma.

Entonces quedó otro grupo de hombres de garrota: los consumistas. ¡Qué diferencial!

Como en todo el hombre es lo esencial, la garrota en manos del consumista carecía de expresión, no tenía vida.

En ambos casos era manejada por hombres que no trabajaban y se la fijaban en los mismos sitios ¡pero, qué! Y es que las cosas hay que hacerlas de verdad, con toda el alma y el pastor se dejaba caer sobre la garrota como un muerto.

El consumista llevaba una garrota cualquiera y el pastor una buena porra con aguante.

Muchas veces la garrota del consumista estaba apoyada contra la esquina o caída en el suelo, como los perros sin amo y a menudo la llevaban colgada del sobaco, por dentro de la chaqueta, disimulando, como avergozados. El pastor la llevaba siempre a la vista, jugándola como una bandera, con orgullo y gallardía, o arrastrándola en son de guía, de cencerro, para lo que llevaba detrás prendido a su silbido y a su voz.

Pero también se acabaron los consumistas y con las garrotas solo queda Juan, Juan Atienza «Tello», el de las garrotas, resto del espíritu generoso y cabal de nuestra arriería, que no quiere ni puede casi ver las garrotas caídas, pero aun sin querer las ve, las ve con su alma y se le nubla la vista, levanta la cabeza y alarga la mano para tentar el montón, diciendo: ¡Dónde, dónde están! Y busca y toca, primero con la imaginación, luego con las manos y calla y baja la cabeza. ¡Sí, es verdad, están aquí, aquí! Pero lo dice de una forma y pone la cara de una manera, que no se sabe si lo que dice entre dientes es por lo que toca o por lo que piensa, porque la verdad es que la mano de Juan está en el aire... ¡pensamiento en las nubes y las garrotas... ¡caídas!